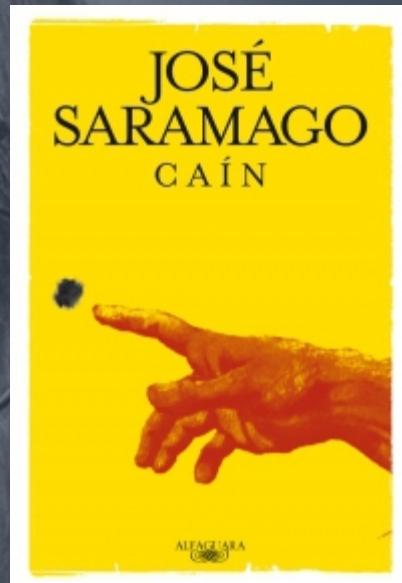


La Escalera

Lugar de lecturas



Visita al territorio de Saramago



1

CUANDO EL señor, también conocido como dios, se dio cuenta de que a adán y eva, perfectos en todo lo que se mostraba a la vista, no les salía ni una palabra de la boca ni emitían un simple sonido, por primario que fuera, no tuvo otro remedio que irritarse consigo mismo, ya que no había nadie más en el jardín del edén a quien responsabilizar de la gravísima falta, mientras que los otros animales, producto todos ellos, así como los dos humanos, del hágase divino, unos a través de mugidos y rugidos, otros con gruñidos, graznidos, silbos y cacareos, disfrutaban ya de voz propia. En un acceso de ira, sorprendente en quien todo lo podría solucionar con otro rápido fíat, corrió hacia la pareja y, a uno y luego al otro, sin contemplaciones, sin medias tintas, les metió la lengua garganta adentro. En los escritos en los que, a lo largo de los tiempos, se han ido consignando de forma más o menos fortuita los acontecimientos de esas remotas épocas, tanto los de posible certificación canónica futura como los que eran fruto de imaginaciones apócrifas e irremediablemente heréticas, no se aclara la duda de a qué lengua se refería, si al músculo flexible y húmedo que se mueve y remueve en la cavidad bucal y a veces fuera, o al habla, también llamado idioma, del que el señor lamentablemente se había olvidado y que ignoramos cuál era, dado que no quedó el menor vestigio, ni tan siquiera un corazón grabado en la corteza de un árbol con una leyenda sentimental, algo tipo te amo, eva. Como una cosa, en principio, no va sin la otra, es probable que otro objetivo del violento empellón que el señor les dio a las mudas

lenguas de sus retoños fuese ponerlas en contacto con las interioridades más profundas del ser corporal, las llamadas incomodidades del ser, para que, en el porvenir, y con algún conocimiento de causa, se pudiera hablar de su oscura y laberíntica confusión, a cuya ventana, la boca, ya comenzaban a asomar. Todo puede ser. Como es lógico, por escrúulos de buen artífice que sólo le favorecían, además de compensar con la debida humildad la anterior negligencia, el señor quiso comprobar que su error había sido corregido, y así le preguntó a adán, Tú, cómo te llamas, y el hombre respondió, Soy adán, tu primogénito, señor. Despues, el creador se dirigió a la mujer, Y tú, cómo te llamas tú, Soy eva, señor, la primera dama, respondió ella innecesariamente, dado que no había otra. El señor se dio por satisfecho, se despidió con un paternal Hasta luego, y se fue a su vida. Entonces, por primera vez adán le dijo a eva, Vámonos a la cama.

Set, el hijo tercero de la familia, sólo vendrá al mundo ciento treinta años después, no porque el embarazo materno necesitase tanto tiempo para rematar la fabricación de un nuevo descendiente, sino porque las gónadas del padre y de la madre, los testículos y el útero respectivamente, tardaron más de un siglo en madurar y desarrollar suficiente potencia generadora. Hay que decirles a los impacientes que el fíat ocurrió una vez y nunca más, que un hombre y una mujer no son máquinas de llenar chorizos, las hormonas son cosas muy complicadas, no se producen en un ir y venir, no se encuentran en las farmacias ni en los supermercados, hay que dar tiempo al tiempo. Antes de set llegaron al mundo, con escasa diferencia de edad entre ellos, primero caín y luego abel. Un asunto que no puede dejarse sin inmediata referencia es el profundo aburrimiento que supusieron tantos años sin vecinos, sin distracciones, sin un niño gateando entre la cocina y el salón, sin otras visitas que las del señor, e incluso éstas poquísimas y breves, espaciadas por largos periodos de ausencia, diez, quince, veinte, cincuenta años, imaginemos qué poco habrá faltado para que los solitarios ocupantes del paraíso terrenal se viesen a sí mismos

como unos pobres huérfanos abandonados en la selva del universo, aunque no hubieran sido capaces de explicar qué era eso de huérfanos y abandonados. Es verdad que día sí día no, y éste no con altísima frecuencia también era sí, adán le decía a eva, Vámonos a la cama, pero la rutina conyugal, agravada, en el caso de estos dos, por la nula variedad de posturas atribuible a la falta de experiencia, se demostró ya entonces tan destructiva como una invasión de carcoma royendo las vigas de la casa. Desde fuera, salvo algunos montoncitos de polvo que van cayendo aquí y allí por minúsculos orificios, el atentado apenas se nota, pero por dentro la procesión es otra, no faltará mucho para que se venga abajo lo que tan firme antes parecía. En situaciones como ésta, habrá quien defienda que el nacimiento de un hijo puede tener efectos reanimadores, si no de la libido, que es obra de químicas mucho más complejas que aprender a mudar unos pañales, al menos de los sentimientos, lo que, reconózcase desde ya, no es ganancia pequeña. En cuanto al señor y a sus esporádicas visitas, la primera fue para ver si adán y eva habían tenido problemas con la instalación doméstica, la segunda para saber si se habían beneficiado algo de la experiencia de la vida campestre y la tercera para avisar de que no esperaba volver tan pronto, pues tenía que hacer ronda por los otros paraísos existentes en el espacio celeste. De hecho, sólo acabaría apareciendo mucho más tarde, en una fecha de la que no quedó registro, para expulsar a la infeliz pareja del jardín del edén por el crimen nefando de haber comido del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Este episodio, que dio origen a la primera definición de un hasta entonces ignorado pecado original, nunca ha quedado bien explicado. En primer lugar, porque incluso la inteligencia más rudimentaria no tendría ninguna dificultad en comprender que estar informado siempre es preferible a desconocer, sobre todo en materias tan delicadas como son estas del bien y del mal, en las que uno se arriesga, sin darse cuenta, a la condenación eterna en un infierno que entonces todavía estaba por inventar. En segundo lugar, clama a los cielos la imprevisión del

señor, ya que, si realmente no quería que le comiesen del tal fruto, fácil remedio tendría la cosa, habría bastado con no plantar el árbol, o con haberlo puesto en otro sitio, o con rodearlo de una cerca de alambre de espino. En tercer lugar, no fue por haber desobedecido la orden de dios por lo que adán y eva descubrieron que estaban desnudos. Desnuditos, en pelota viva, ya estaban ellos cuando se iban a la cama, y si el señor nunca había reparado en tan evidente falta de pudor, la culpa era de su ceguera de progenitor, la misma, por lo visto incurable, que nos impide ver que nuestros hijos, al fin y al cabo, son tan buenos o tan malos como los demás.

Una cuestión de orden. Antes de proseguir con esta instructiva y definitiva historia de caín a la que, con nunca visto atrevimiento, arrimamos el hombro, tal vez sea aconsejable, para que el lector no se vea confundido por segunda vez con anacrónicos pesos y medidas, introducir algún criterio en la cronología de los acontecimientos. Así lo haremos, pues, comenzando por aclarar alguna maliciosa duda por ahí levantada sobre si adán sería competente para hacer un hijo a los ciento treinta años de edad. A primera vista, no, si nos atenemos a los índices de fertilidad de los tiempos modernos, pero esos ciento treinta años, en aquella infancia del mundo, poco más habrían representado que una simple y vigorosa adolescencia que hasta el más precoz de los casanovas desearía para sí. Conviene recordar, además, que adán vivió hasta los novecientos treinta años, luego poco le faltó para morir ahogado en el diluvio universal, ya que finó en días de la vida de lamec, el padre de noé, futuro constructor del arca. Tiempo y sosiego tuvo para hacer los hijos que hizo y muchos más si le hubiera dado por ahí. Como ya dijimos, el segundo, el que vendría después de caín, fue abel, un mozo rubicundo, de buena figura, que, después de haber sido objeto de las mejores pruebas de estima por parte del señor, acabó de la peor forma. Al tercero, como también quedó dicho, lo llamaron set, pero ése no entrará en la narrativa que vamos componiendo paso a paso con melindres de historiador, por lo tanto aquí lo dejamos, un simple nombre y nada más. Aunque hay quien

afirma que fue en su cabeza donde nació la idea de crear una religión, pero de esos delicados asuntos ya nos ocupamos abundantemente en el pasado, con recriminable ligereza según la opinión de algunos peritos, y en términos que muy probablemente sólo nos perjudicarán en las alegaciones del juicio final, cuando, ya sea por exceso, ya sea por defecto, todas las almas sean condenadas. Ahora lo que nos interesa es la familia de la que el papá adán es la cabeza, y qué mala cabeza fue, no vemos cómo decirlo de otra manera, ya que bastó que la mujer le trajera el prohibido fruto del conocimiento del bien y del mal para que el inconsciente primer patriarca, después de hacerse rogar, en verdad más para complacerse a sí mismo que por real convicción, se atragantara, dejándonos a nosotros, los hombres, para siempre marcados por ese irritante trozo de manzana en la garganta que ni sube ni baja. Tampoco faltan los que dicen que si adán no llegó a tragarse del todo el fruto fatal fue porque el señor se apareció de repente queriendo saber lo que estaba pasando allí. Y, por cierto, antes de que se nos olvide del todo o el recorrido del relato haga inadecuada, por tardía, la referencia, hemos de revelar la visita sigilosa, medio clandestina, que el señor hizo al jardín del edén una noche cálida de verano. Como de costumbre, adán y eva dormían desnudos, uno al lado del otro, sin tocarse, imagen edificante aunque equívoca de la más perfecta de las inocencias. No despertaron ellos y el señor no los despertó. Lo que lo había llevado hasta allí era el propósito de enmendar un defecto de fábrica que, se dio cuenta tarde, afeaba seriamente a sus criaturas, y que consistía, imaginense, en la falta de un ombligo. La superficie blanquecina de la piel de sus bebés, que el suave sol del paraíso no conseguía tostar, se mostraba demasiado desnuda, demasiado ofrecida, en cierto modo obscena, si la palabra ya existiera entonces. Sin tardanza, no fuesen ellos a despertarse, dios extendió el brazo y oprimió levemente con la punta del dedo índice el vientre de adán, luego hizo un rápido movimiento de rotación y el ombligo apareció. La misma operación, practicada a continuación en eva, dio

resultados similares, aunque con la importante diferencia de que el ombligo de ella salió bastante mejorado en lo que respecta a diseño, contornos y delicadeza de pliegues. Fue ésta la última vez que el señor miró una obra suya y halló que estaba bien.

Cincuenta años y un día después de esta afortunada intervención quirúrgica con la que se iniciaba una nueva era en la estética del cuerpo humano bajo el consensuado lema de que todo en él es mejorable, se produjo la catástrofe. Anunciado por el estruendo de un trueno, el señor se hizo presente. Venía trajeado de manera diferente a la habitual, según lo que sería, tal vez, la nueva moda imperial del cielo, con una corona triple en la cabeza y empuñando el cetro como una cachiporra. Yo soy el señor, gritó, yo soy el que soy. El jardín del edén cayó en silencio mortal, no se oía ni el zumbido de una avispa, ni el ladrido de un perro, ni un piar de ave, ni un barrito de elefante. Sólo una bandada de estorninos que se había acomodado en un olivo frondoso cuyo origen se remontaba a los tiempos de la fundación del jardín levantó el vuelo en un solo impulso, y eran centenares, por no decir millares, tantos que casi oscurecieron el cielo. Quién ha desobedecido mis órdenes, quién se ha acercado al fruto de mi árbol, preguntó dios, dirigiéndole directamente a adán una mirada coruscante, palabra desusada pero expresiva como la que más. Desesperado, el pobre hombre intentó, sin resultado, tragarse el pedazo de manzana que lo delataba, pero la voz no le salía, ni para atrás ni para adelante. Responde, insistió la voz colérica del señor, al tiempo que blandía amenazadoramente el cetro. Haciendo de tripas corazón, consciente de lo feo que era echarle las culpas a otro, adán dijo, La mujer que tú me diste para vivir conmigo es la que me ha dado del fruto de ese árbol y yo lo he comido. Se volvió el señor hacia la mujer y preguntó, Qué has hecho tú, desgraciada, y ella respondió, La serpiente me engañó y yo comí, Falsa, mentirosa, no hay serpientes en el paraíso, Señor, yo no he dicho que haya serpientes en el paraíso, lo que sí digo es que he tenido un sueño en que se me apareció una serpiente y me dijo, Conque el señor os ha prohibido comer el fruto de todos los árboles

del jardín, y yo le respondí que no era verdad, que del único que no podíamos comer el fruto era del árbol que está en el centro del paraíso y que moriríamos si lo tocábamos, Las serpientes no hablan, como mucho silban, dijo el señor, La de mi sueño habló, Y qué más te dijo, si puede saberse, preguntó el señor esforzándose por imprimir a las palabras un tono de sarcasmo nada de acuerdo con la dignidad celestial de la indumentaria, La serpiente dijo que no tendríamos que morir, Ah, sí, la ironía del señor era cada vez más evidente, por lo visto esa serpiente cree saber más que yo, Es lo que he soñado, señor, que no querías que comiésemos de ese fruto porque abriríamos los ojos y acabaríamos conociendo el mal y el bien como tú los conoces, señor, Y qué hiciste, mujer perdida, mujer liviana, cuando despertaste de tan bonito sueño, Me acerqué al árbol, comí del fruto y le llevé a adán, que también comió, Se me quedó aquí, dijo adán, tocándose la garganta, Muy bien, dijo el señor, ya que así lo habéis querido, así lo vais a tener, a partir de ahora se os ha acabado la buena vida, tú, eva, además de sufrir todas las incomodidades del embarazo, incluyendo las náuseas, también parirás con dolor, y, pese a todo, sentirás atracción por tu hombre, y él mandará en ti, Pobre eva, comienzas mal, triste destino va a ser el tuyo, dijo eva, Deberías haberlo pensado antes, y en cuanto a tu persona, adán, la tierra ha sido maldecida por tu causa, con gran sacrificio conseguirás sacar de ella alimento durante toda tu vida, sólo producirá espinos y cardos, y tú tendrás que comer la hierba que crece en el campo, sólo a costa de muchos sudores conseguirás cosechar lo necesario para comer, hasta que un día te acabes transformando de nuevo en tierra, pues de ella fuiste hecho, en verdad, mísero adán, tú eres polvo y en polvo un día te convertirás. Dicho esto, el señor hizo aparecer unas cuantas pieles de animales para tapar la desnudez de adán y eva, los cuales se guiñaron los ojos el uno al otro en señal de complicidad, pues desde el primer día sabían que estaban desnudos y de eso bien se habían aprovechado. Dijo entonces el señor, Habiendo conocido el bien y el mal, el hombre se ha hecho semejante a un dios, ahora sólo me

faltaría que también fueses a buscar el fruto del árbol de la vida para comer de él y vivir para siempre, no faltaría más, dos dioses en un universo, por eso te expulso a ti y a tu mujer de este jardín del edén, en cuya puerta colocaré de guarda a un querubín armado con una espada de fuego que nunca dejará entrar a nadie, así que fuera, salid de aquí, no os quiero tener nunca más ante mi presencia. Cargando sobre los hombros las malolientes pieles, bamboleándose sobre las piernas torpes, adán y eva parecían dos orangutanes que por primera vez se pusieran en pie. Fuera del jardín del edén la tierra era árida, inhóspita, el señor no había exagerado cuando amenazó a adán con espinas y cardos. Tal como también dijo, se les había acabado la buena vida.

2

LA PRIMERA MORADA fue una estrecha caverna, verdaderamente más cavidad que caverna, de techo bajo, descubierta en un afloramiento rocoso al norte del jardín del edén cuando, desesperados, vagaban en busca de un abrigo. Allí pudieron, por fin, defenderse de la quemazón brutal de un sol que en nada se parecía a la invariable benignidad de temperatura a que estaban habituados, constante de noche y de día, y en cualquier época del año. Se quitaron las gruesas pieles que los sofocaban de calor y peste, y regresaron a la primera desnudez, pero, para proteger de agresiones exteriores las partes delicadas del cuerpo, las que están más o menos resguardadas entre las piernas, inventaron, utilizando las pieles más finas y de pelo más corto, algo a lo que más tarde se le daría el nombre de falda, idéntica en la forma tanto para las mujeres como para los hombres. En los primeros días, sin tener siquiera un mordisco que masticar, pasaron hambre. El jardín del edén era ubérmino en frutos, es más, no se encontraba otra cosa de provecho, hasta esos animales que por naturaleza deberían alimentarse de carne sangrienta, pues para carnívoros vinieron al mundo, fueron, por imposición divina, sometidos a la misma melancólica e insatisfactoria dieta. La procedencia de las pieles que el señor hizo aparecer con un simple chascar de dedos, como un prestidigitador, nunca llegó a aclararse. De animales eran, y grandes, pero vaya usted a saber quién los habría matado y desollado, y dónde. Casualmente, había agua por allí cerca, aunque no era nada más que un regato turbio, en nada parecido al río

caudaloso que nacía en el jardín del edén y después se dividía en cuatro brazos, uno que iba a regar una región donde se decía que el oro abundaba y otro que corría alrededor de la tierra de cus. Los dos restantes, por más extraordinario que pueda parecerles a los lectores de hoy, fueron bautizados enseguida con los nombres de tigris y éufrates. Ante el humilde arroyo que laboriosamente iba abriéndose camino entre los espinos y los cardos del desierto, es más que probable que el tal río caudaloso fuera una ilusión óptica fabricada por el propio señor para hacer más apacible la vida en el paraíso terrenal. Todo puede suceder. Todo puede suceder, sí, hasta la insólita idea que tuvo eva de ir a pedirle al querubín que le permitiese entrar en el jardín del edén para recoger alguna fruta con la que engañar el hambre durante unos días más. Escéptico, como cualquier hombre, en cuanto a los resultados de una diligencia nacida en cabeza femenina, adán le dijo que fuese ella sola y que se preparase para sufrir una decepción, Está de centinela en la puerta ese querubín con su espada de fuego, no es un ángel cualquiera, de segunda o tercera categoría, sin peso ni autoridad, sino un querubín de los auténticos, cómo se te puede ocurrir que vaya a desobedecer las órdenes que el señor le ha dado, fue la sensata pregunta, No sé, y no lo voy a saber mientras no lo intente, Y si no lo consigues, Si no lo consigo, no habré perdido nada más que los pasos de ir y de volver, y las palabras que diga, respondió ella, Pues sí, pero tendremos problemas si el querubín nos denuncia al señor, Más problemas que los que tenemos ahora, sin modo de ganarnos la vida, sin comida que llevarnos a la boca, sin un techo seguro ni ropas dignas de ese nombre, no veo qué más problemas nos puede mandar, el señor ya nos ha castigado expulsándonos del jardín del edén, peor que eso no se me ocurre qué puede hacer, Sobre lo que el señor pueda o no pueda, no sabemos nada, Si es así, tendremos que forzarlo a que se explique y la primera cosa que debería aclararnos es por qué razón nos ha hecho y con qué fin, Estás loca, Mejor loca que asustada, No me faltes al respeto, gritó adán, enfurecido, yo no tengo miedo, no soy miedoso, Yo tampoco,

luego estamos empatados, no hay nada más que discutir, Sí, pero no te olvides de que quien manda aquí soy yo, Sí, fue lo que el señor dijo, asintió eva, y puso cara de quien no ha dicho nada. Cuando el sol perdió alguna fuerza, se puso en camino con su falda bien compuesta y una piel de las más leves sobre los hombros. Iba, como alguien podría decir, discretita, aunque no pudiese evitar que los senos, sueltos, sin amparo, se moviesen al ritmo de sus pasos. No podía impedirlo, ni tal cosa se le ocurrió, no había por allí nadie a quien poder atraer, en ese tiempo las tetas servían para mamar y poco más. Estaba sorprendida consigo misma por la libertad con la que le había respondido al marido, sin temor, sin tener que elegir las palabras, diciendo simplemente lo que, en su opinión, el caso requería. Era como si dentro de sí habitase otra mujer, con nula dependencia del señor o de un esposo por él designado, una hembra que decidía, finalmente, hacer uso total de la lengua y del lenguaje que el dicho señor, por decirlo así, le había metido boca adentro. Atravesó el arroyo gozando de la frescura del agua, que parecía difundírsele dentro de las venas al mismo tiempo que experimentaba algo en el espíritu que tal vez fuese la felicidad, por lo menos se parecía mucho a la palabra. El estómago le dio un aviso, no era hora de disfrutar de sentimientos positivos. Salió del agua, recogió unos pequeños frutos ácidos que, aunque no alimentasen, entretenían durante algún tiempo, poco, la necesidad de comer. El jardín del edén ya está cerca, se ven nítidamente las copas de los árboles más altos. Eva camina ahora con más lentitud que antes, y no porque se sienta cansada. Adán, si aquí estuviera, se estaría mofando de ella, Tan valiente, tan valiente, y al final vas llena de miedo. Sí, tenía miedo, miedo de fallar, miedo de no tener palabras suficientes para convencer al guarda, incluso llegó a decir en voz baja, tal era su desánimo, Si yo fuese hombre sería más fácil. Ahí está el querubín, la espada de fuego brilla con una luz maligna en su mano derecha. Eva se cubrió mejor el pecho y avanzó. Qué quieras, preguntó el ángel, Tengo hambre, respondió la mujer, Aquí no hay nada que puedas comer, Tengo hambre, Tú y tu

marido fuisteis expulsados del jardín del edén por el señor y la sentencia no tiene apelación, retírate, Me matarías si entrara, preguntó eva, Para eso me ha puesto el señor de guarda, No has respondido a mi pregunta, La orden que tengo es ésa, Matarme, Sí, Por tanto, obedecerás la orden. El querubín no respondió. Movió el brazo en cuya mano la espada de fuego silbaba como una serpiente y ésa fue su respuesta. Eva dio un paso al frente. Detente, dijo el querubín, Tendrás que matarme, no me detendré, y dio otro paso, te quedarás aquí guardando un pomar de fruta podrida que a nadie le apetecerá, el pomar de dios, el pomar del señor, añadió. Qué quieres, preguntó otra vez el querubín, sin darse cuenta de que la reiteración iba a ser interpretada como una señal de debilidad, Repito, tengo hambre, Pensaba que ya estaríais lejos, Y adónde íbamos a ir nosotros, preguntó eva, estamos en medio de un desierto que no conocemos y en el que no se ve ningún camino, un desierto por el que durante estos días no ha pasado un alma viva, dormimos en un agujero, comemos hierba, como el señor prometió, y tenemos diarreas, Diarreas, qué es eso, preguntó el querubín, También se puede decir cagaleras, el vocabulario que el señor nos enseñó da para todo, tener diarrea o cagalera, si te gusta más esta palabra, significa que no se consigue retener la mierda que llevamos dentro, No sé qué es eso, Ventajas de ser ángel, dijo eva, y sonrió. Al querubín le gustó ver esa sonrisa. En el cielo también se sonreía mucho, pero siempre seráficamente y con una ligera expresión de contrariedad, como quien pide disculpas por estar contento, si es que a eso se le puede llamar contentamiento. Eva había vencido la batalla dialéctica, ahora sólo faltaba la de la comida. Dijo el querubín, Voy a traerte algunos frutos, pero tú no se lo digas a nadie, Mi boca no se abrirá, aunque en cualquier caso mi marido tendrá que saberlo, Vuelve con él mañana, tenemos que conversar. Eva se quitó la piel de encima de los hombros y dijo, Usa esto para traer la fruta. Estaba desnuda de cintura para arriba. La espada silbó con más fuerza, como si hubiese recibido un súbito flujo de energía, la misma energía que impelió al querubín a dar un paso hacia

delante, la misma que le hizo levantar la mano izquierda y tocar el seno de la mujer. No sucedió nada más, nada más podía suceder, los ángeles, mientras lo sean, tienen prohibido cualquier comercio carnal, sólo los ángeles caídos son libres de juntarse con quienes quieran y con quienes los quieran. Eva sonrió, puso su mano sobre la mano del querubín y la presionó suavemente sobre el seno. Su cuerpo estaba cubierto de suciedad, las uñas negras como si las hubiese usado para cavar la tierra, el pelo como un nido de anguilas entrelazadas, pero era una mujer, la única. El ángel ya estaba en el jardín, se entretuvo allí el tiempo necesario para elegir los frutos más nutrientes, otros ricos en agua, y volvió encorvado bajo una buena carga. Aquí tienes, dijo, y eva preguntó, Cómo te llaman, y él respondió, Mi nombre es azael, Gracias por la fruta, azael, No podía dejar que murieran de hambre aquellos que el señor creó, El señor te lo agradecerá, aunque será mejor que no le hables de esto. El querubín aparentó no haber oído o no oyó de verdad, ocupado como estaba ayudando a eva a colocarse el hatillo sobre la espalda, mientras decía, Mañana vuelves con adán, hablaremos de algo que os conviene conocer, Aquí estaremos, respondió ella.

Al día siguiente, adán acompañó a la mujer hasta el jardín del edén. Por iniciativa de eva se lavaron lo mejor que pudieron en el riachuelo y lo mejor que pudieron fue poquísmo, por no decir nada, porque agua sin jabón que le dé una ayuda no pasa de una pobre ilusión de limpieza. Se sentaron en el suelo y enseguida se vio que el querubín azael no era persona de perder el tiempo, No sois los únicos seres humanos que existen en la tierra, comenzó, Que no somos los únicos, exclamó adán, estupefacto, No me hagas repetir lo que ya está dicho, Quién creó a esos seres, dónde están, En todas partes, El señor los creó como nos creó a nosotros, preguntó eva, No puedo responder, y si insistís con las preguntas nuestra conversación acaba ahora mismo, cada uno va a lo suyo, yo a guardar el jardín del edén, vosotros a vuestra gruta y a vuestra hambre, En ese caso, en poco tiempo moriremos, dijo adán, a mí nadie me ha enseñado a trabajar, no puedo cavar ni labrar la tierra

porque me faltan la azada y el arado, y si los tuviese sería necesario aprender a manejarlos y no hay quien me enseñe en este desierto, mejor sería que fuésemos el polvo que éramos antes, sin voluntad ni deseo, Has hablado como un libro abierto, dijo el querubín, y adán se puso contento por haber hablado como un libro abierto, él, que nunca había tenido estudios. Después eva preguntó, Si ya existían otros seres humanos, entonces para qué nos creó el señor, Ya deberías saber que los designios del señor son inescrutables, pero, si he entendido alguna que otra media palabra, me parece que se trata de un experimento, Un experimento, nosotros, exclamó adán, un experimento, para qué, De lo que no conozco a ciencia cierta no oso hablar, el señor tendrá sus razones para guardar silencio sobre el asunto, Nosotros no somos un asunto, somos dos personas que no saben cómo podrán vivir, dijo eva, Todavía no he terminado, dijo el querubín, Pues habla, y que de tu boca salga una buena noticia, por lo menos una, Oíd, no demasiado lejos de aquí pasa un camino frecuentado de vez en cuando por caravanas que van a los mercados o que regresan de ellos, mi idea es que deberíais encender una hoguera que produzca humo, mucho humo, de modo que pueda ser visto desde lejos, No tenemos con qué encenderla, interrumpió eva, Tú no tienes, pero yo sí, Qué tienes, Esta espada de fuego, para algo ha de servir alguna vez, basta acercarles la punta en brasa a los cardos secos y a la paja y tendréis ahí una hoguera capaz de ser vista desde la luna, y mucho más por una caravana que pase cerca, pero deberéis tener cuidado de no dejar que el fuego se extienda, una cosa es una hoguera, otra un desierto entero ardiendo, el fuego acabaría por llegar al jardín del edén y yo me quedaría sin empleo, Y si no aparece nadie, preguntó eva, Aparecerán, aparecerán, puedes estar tranquila, respondió azael, los seres humanos son curiosos por naturaleza, enseguida querrán saber quién atizó esa hoguera y con qué intención se hizo, Y después, preguntó adán, Después es cosa vuestra, ahí ya no puedo hacer nada, encontrad la manera de uniros a la caravana, pedid que os contraten a cambio de la comida, estoy convencido de que cuatro

brazos por un plato de lentejas será buen negocio para todos, tanto para la parte contratante como para la parte contratada, cuando eso suceda que no se os olvide apagar la hoguera, así sabré que ya os habéis ido, será tu oportunidad de aprender lo que no sabes, adán. El plan era excelente, hay querubines en el mundo que son una auténtica providencia, mientras el señor, por lo menos en este experimento, no se preocupó nada por el futuro de sus criaturas, azael, el guarda angélico encargado de mantenerlas apartadas del jardín del edén, las acogió cristianamente, les garantizó la comida y, sobre todo, las habilitó para la vida con algunas preciosas ideas prácticas, un verdadero camino de salvación para el cuerpo, y por tanto para el alma. La pareja se deshizo en muestras de gratitud, eva llegó incluso a derramar algunas lágrimas cuando se abrazó a azael, demostración afectiva nada del agrado del marido, que más adelante no consiguió reprimir la pregunta que andaba saltándose en la boca, Le diste algo a cambio, Qué y a quién, dijo eva, sabiendo muy bien a qué se refería el esposo, A quién va a ser, a él, a azael, dijo adán omitiendo por cautela la primera parte de la cuestión, Es un querubín, un ángel, respondió eva, y no consideró necesario decir nada más. Se cree que fue en este día cuando comenzó la guerra de los sexos. La caravana tardó tres semanas en aparecer. Claro, que no vino toda ella a la caverna en que adán y eva vivían, sólo una avanzadilla de tres hombres que no tenían autoridad para negociar contratos de trabajo, pero que se apiadaron de aquellos desvalidos y les hicieron un lugar sobre los lomos de los burros en que venían montados. El jefe de la caravana decidiría qué hacer con ellos. A pesar de esta duda, como quien cierra una puerta de despedida, adán apagó la hoguera. Cuando el último humo se disipó en la atmósfera, el querubín dijo, Ya han salido, buen viaje.

3

LA VIDA NO LOS TRATÓ MAL. Fueron aceptados en la caravana a pesar de la evidente inutilidad laboral y no tuvieron que dar demasiadas explicaciones acerca de quiénes eran y de dónde procedían. Que se habían perdido, dijeron, y, en última instancia, así era. Si se omite el hecho de que eran hijos del señor, obra directamente salida de sus divinas manos, circunstancia esta que ninguno allí estaba en condiciones de conocer, no se notaban especiales diferencias fisonómicas entre ellos y sus providenciales hospederos, se diría que hasta pertenecían todos a la misma raza, pelo negro, piel morena, ojos oscuros, cejas acentuadas. Cuando abel nazca todos los vecinos se extrañarán de la rosada blancura con que vendrá al mundo, como si fuese hijo de un ángel, o de un arcángel, o de un querubín, con perdón. El plato de lentejas nunca les faltó y no fue necesario mucho tiempo para que adán y eva comenzasen a cobrar un estipendio, cosa pequeña, casi simbólica, pero que ya representaba un comienzo de vida. No sólo adán, sino también eva, que no nació para duquesa, fue siendo iniciada poco a poco en los misterios del trabajo con las manos, en operaciones tan simples como la de hacer un nudo corredizo en una cuerda o tan complejas como manejar una aguja sin pincharse demasiado los dedos. Cuando la caravana llegó al pueblo del que había salido semanas antes para hacer comercio, les prestaron una tienda y unas esteras donde dormir, y, gracias a esa y a otras temporadas de estabilidad, adán pudo, por fin, aprender a cavar y a labrar la tierra, a lanzar simientes en los surcos, hasta llegar al sublime arte de la poda, ese

que ningún señor, ningún dios fue capaz de inventar. Comenzó trabajando con herramientas que le prestaban, después fue juntando sus propios aperos y al cabo de unos cuantos años ya estaba considerado por los vecinos como un buen agricultor. Los tiempos del jardín del edén y de la cueva en el desierto, de los espinos y los cardos, del riachuelo de aguas turbias se les fueron esfumando en la memoria hasta parecerles algunas veces gratuitos inventos no vividos, ni siquiera soñados, quizá una intuición de algo que podría haber sido otra vida, otro ser, otro destino diferente. Es cierto que en los recuerdos de eva había un lugar reservado para azael, el querubín que infringió las órdenes del señor para salvar de una muerte cierta a sus criaturas, pero ése era un secreto suyo, a nadie confiado. Y hubo un día en que adán pudo comprar un trozo de tierra, llamarla suya y levantar, en la ladera de una colina, una casa de toscos adobes, donde ya podrían nacer sus tres hijos, caín, abel y set, todos ellos, en el momento adecuado de sus vidas, gateando entre la cocina y el salón. Y también entre la cocina y el campo, porque los dos mayores, cuando ya tenían unos añitos, con la ingenua astucia de la poca edad, usaban todos los pretextos válidos y menos válidos para que el padre se los llevara con él, montados en el burro de la familia, hasta su lugar de trabajo. Pronto se vio que las vocaciones de los dos niños no coincidían. Mientras abel prefería la compañía de las ovejas y de los corderos, las alegrías de caín iban todas con las azadas, los bieldos y las hoces, uno destinado a abrirse camino en la pecuaria, otro para singlar en la agricultura. Hay que reconocer que la distribución de la mano de obra doméstica era absolutamente satisfactoria, ya que cubría íntegramente los dos sectores más importantes de la economía de la época. Era voz unánime, entre los vecinos, que aquella familia tenía futuro. E iba a tenerlo, como en poco tiempo se habría de ver, contando siempre con la indispensable ayuda del señor, que para eso está. Desde la más tierna infancia caín y abel habían sido los mejores amigos, a tal punto llegaban que ni hermanos parecían, donde iba uno, el otro iba también, y todo lo hacían de común

acuerdo. El señor los quiso, el señor los juntó, así decían en la aldea las madres celosas, y parecía cierto. Hasta que un día el futuro entendió que ya era hora de manifestarse. Abel tenía su ganado, caín su campo, y, como mandaban la tradición y la obligación religiosa, ofrecieron al señor la primicia de su trabajo, quemando abel la delicada carne de un cordero y caín los productos de la tierra, unas cuantas espigas y simientes. Sucedió entonces algo hasta hoy inexplicado. El humo de la carne ofrecida por abel subió recto hasta desaparecer en el espacio infinito, señal de que el señor aceptaba el sacrificio y de que en él se complacía, pero el humo de los vegetales de caín, cultivados con un amor por lo menos igual, no fue lejos, se dispersó allí mismo, a poca altura del suelo, lo que significaba que el señor lo rechazaba sin ninguna contemplación. Inquieto, perplejo, caín le propuso a abel que cambiase de lugar, pudiera ser que circulara por allí una corriente de aire que causara el contratiempo, y así lo hicieron, pero el resultado fue el mismo. Estaba claro, el señor desdeñaba a caín. Fue entonces cuando se puso de manifiesto el verdadero carácter de abel. En lugar de compadecerse de la tristeza del hermano y consolarlo, se burló de él, y, como si eso fuese poco, se puso a enaltecer su propia persona, proclamándose, ante el atónito y desconcertado caín, un favorito del señor, un elegido de dios. El infeliz caín no tuvo otro remedio que engullir la afrenta y volver al trabajo. La escena se repitió, invariable, durante una semana, siempre un humo que subía, siempre un humo que podía tocarse con la mano y luego se deshacía en el aire. Y siempre la falta de piedad de abel, la jactancia de abel, el desprecio de abel. Un día caín le pidió al hermano que lo acompañara a un valle cercano donde corría la voz de que se escondía una zorra y allí, con sus propias manos, lo mató a golpes con una quijada de burro que había escondido antes en un matorral, o sea, con alevosa premeditación. Fue en ese momento exacto, es decir, retrasada en relación a los acontecimientos, cuando la voz del señor sonó, y no sólo sonó la voz, sino que apareció en persona. Tanto tiempo sin dar noticias, y ahora aquí está, vestido como

cuando expulsó del jardín del edén a los infelices padres de estos dos. Tiene en la cabeza la corona triple, en la mano derecha empuña el cetro, un balandrán de rico tejido lo cubre desde la cabeza a los pies. Qué has hecho con tu hermano, preguntó, y caín respondió con otra pregunta, Soy yo acaso el guardaespaldas de mi hermano, Lo has matado, Así es, pero el primer culpable eres tú, yo habría dado mi vida por su vida si tú no hubieses destruido la mía, Quise ponerte a prueba, Y quién eres para poner a prueba lo que tú mismo has creado, Soy el dueño soberano de todas las cosas, Y de todos los seres, dirás, pero no de mi persona ni de mi libertad, Libertad para matar, Como tú fuiste libre para dejar que matara a abel cuando estaba en tus manos evitarlo, hubiera bastado que durante un momento abandonaras la soberbia de la infalibilidad que compartes con todos los demás dioses, hubiera bastado que por un momento fueses de verdad misericordioso, que aceptases mi ofrenda con humildad, simplemente porque no deberías rechazarla, porque los dioses, y tú como todos los otros, tenéis deberes para con aquellos a quienes decís que habéis creado, Ese discurso es sedicioso, Es posible que lo sea, pero te garantizo que, si yo fuese dios, diría todos los días, Benditos sean los que eligieron la sedición porque de ellos será el reino de la tierra, Sacrilegio, Lo será, pero en cualquier caso nunca mayor que el tuyo, que permitiste que abel muriera, Tú has sido quien lo ha matado, Sí, es verdad, yo fui el brazo ejecutor, pero la sentencia fue dictada por ti, La sangre que está ahí no la derramé yo, caín podía haber elegido entre el bien y el mal, si eligió el mal pagará por eso, Tan ladrón es el que va a la viña como el que se queda vigilando al guarda, dijo caín, Y esa sangre reclama venganza, insistió dios, Si es así, te vengarás al mismo tiempo de una muerte real y de otra que no ha llegado a producirse, Explícate, No te va a gustar lo que vas a oír, Que eso no te importe, habla, Es muy sencillo, maté a abel porque no podía matarte a ti, pero en mi intención estás muerto, Comprendo lo que quieras decir, pero la muerte está vedada a los dioses, Sí, aunque deberían cargar con todos los crímenes cometidos en su nombre o por su causa,

Dios es inocente, todo sería igual si no existiese, Pero yo, porque maté, podré ser matado por cualquier persona que me encuentre, No será así, haré un acuerdo contigo, Un acuerdo con el reprobo, preguntó caín, sin terminar de creerse lo que acababa de oír, Diremos que es un acuerdo de responsabilidad compartida por la muerte de abel, Reconoces entonces tu parte de culpa, La reconozco, pero no se lo digas a nadie, será un secreto entre dios y caín, No es cierto, debo de estar soñando, Con los dioses eso sucede muchas veces, Porque son, como suele decirse, inescrutables vuestros designios, preguntó caín, Esas palabras no las ha pronunciado ningún dios que yo conozca, nunca se nos pasaría por la cabeza decir que nuestros designios son inescrutables, eso es algo inventado por hombres que presumen de tener un trato de tú a tú con la divinidad, Entonces no seré castigado por mi crimen, preguntó caín, Mi parte de culpa no absuelve la tuya, tendrás tu castigo, Cuál, Andarás errante y perdido por el mundo, Siendo así, cualquier persona me podrá matar, No, porque pondré una señal en tu frente, nadie te hará daño, pero, como pago por mi benevolencia, procura tú no hacer daño a nadie, dijo el señor tocando con el dedo índice la frente de caín, donde apareció una pequeña mancha negra, ésta es la señal de tu condenación, añadió el señor, pero es también la señal de que estarás toda la vida bajo mi protección y bajo mi censura, te vigilaré dondequiera que vayas, Lo acepto, dijo caín, No te queda otro remedio, Cuándo comienza mi castigo, Ahora mismo, Puedo despedirme de mis padres, preguntó caín, Eso es cosa tuya, en asuntos de familia no me meto, pero seguramente querrán saber dónde está abel, y supongo que no les vas a decir que lo has matado, No, No, qué, No me despediré de mis padres, Entonces, vete. No había nada más que decir. El señor desapareció antes de que caín hubiera dado el primer paso. La cara de abel estaba ya cubierta de moscas, había moscas en sus ojos abiertos, moscas en la comisura de los labios, moscas en las heridas que había sufrido en las manos cuando las levantaba para protegerse de los golpes. Pobre abel, al que dios había engañado.

El señor hizo una pésima elección para inaugurar el jardín del edén, en el juego de la ruleta que puso en marcha todos perdieron, en el tiro al blanco de ciegos nadie acertó. A eva y adán todavía les quedaba la posibilidad de engendrar un hijo para compensar la pérdida del asesinado, pero qué triste la gente sin otra finalidad en la vida que la de hacer hijos sin saber por qué ni para qué. Para continuar la especie, dicen aquellos que creen en un objetivo final, en una razón última, aunque no tengan ni idea de cuáles son y nunca se hayan preguntado en nombre de qué tiene que perpetuarse la especie, como si fuese ella la única y última esperanza del universo. Al matar a abel por no poder matar al señor, caín ya dio su respuesta. No se augure nada bueno de la vida futura de este hombre.

4

Y, PESE A TODO, ese hombre acosado que vaga por ahí, perseguido por sus propios pasos, ese maldito, ese fraticida, tuvo, como pocos, buenos principios. Que lo diga su madre, que tantas veces lo encontró, sentado en el suelo húmedo del huerto, mirando un pequeño árbol recién plantado, a la espera de verlo crecer. Tenía cuatro o cinco años y quería ver crecer los árboles. Entonces, ella, por lo que se ve más fantasiosa aún que el hijo, le explicó que los árboles son muy tímidos, sólo crecen cuando no los estamos mirando, Es que les da vergüenza, le dijo un día. Durante algunos instantes caín permaneció callado, pensando, pero luego respondió, Entonces no mires, madre, de mí no tienen vergüenza, están acostumbrados. Previendo lo que vendría después, la madre apartó la mirada e inmediatamente la voz del hijo sonó triunfal, Ahora mismo ha crecido, ahora mismo ha crecido, ya te había avisado que no miraras. Esa noche, cuando adán volvió del trabajo, eva, riendo, le contó lo que había pasado, y el marido respondió, Ese muchacho va a llegar lejos. Tal vez hubiera llegado, sí, pero para eso el señor no tendría que haberse cruzado en su camino. Pese a lo cual, ya va demasiado lejos, aunque no en el sentido que el padre le había vaticinado. Arrastrando los pies de cansancio, avanzaba por un erial sin que se le ofrecieran a la vista ni las ruinas de una choza ni señal de vida alguna, una soledad desgarradora que el cielo cubierto aumentaba todavía más con la amenaza de una lluvia inminente. No tendría dónde guarecerse, a no ser debajo de un árbol de entre los pocos que, de tarde en tarde, a medida que caminaba, iban

asomando la copa por encima del horizonte próximo. Las ramas, por lo general escasamente pobladas de hojas, no garantizaban protección digna de ese nombre. Fue entonces, con el caer de las primeras gotas, cuando caín se dio cuenta de que tenía la túnica sucia de sangre. Pensó que tal vez la mancha desaparecería con la lluvia, pero luego comprobó que no, que lo mejor sería disimularla con tierra, nadie sería capaz de adivinar lo que se ocultaba debajo, sobre todo teniendo en cuenta que gente con túnicas sucias, llenas de lamparones, era algo que no faltaba por estos lugares. Comenzó a llover con fuerza, poco tiempo después la túnica estaba empapada, del rastro de sangre no se veía ni el menor vestigio, además siempre podía decir, si fuese preguntado, que se trataba de la sangre de un cordero. Sí, dijo caín en voz alta, pero abel no era ningún cordero, era mi hermano, y yo lo he matado. En ese momento no tuvo presente que le había dicho al señor que ambos eran culpables del crimen, pero la memoria no tardó en ayudarlo, por eso añadió, Si el señor, que, según se dice, todo lo sabe y todo lo puede, hubiese hecho desaparecer de allí la quijada del burro, yo no habría matado a abel, y ahora podríamos estar los dos en la puerta de casa viendo caer la lluvia, y abel reconocería que realmente el señor hacía mal no aceptando lo único que yo le podía ofrecer, las simientes y las espigas nacidas de mi afán y de mi sudor, y él todavía estaría vivo, y seríamos tan amigos como siempre lo fuimos. Llorar sobre la leche derramada no es tan inútil como se dice, de alguna manera es un hecho instructivo porque nos muestra la verdadera dimensión de la frivolidad de ciertos procedimientos humanos, ya que, si la leche se ha derramado, derramada está, simplemente hay que limpiarla, pero si abel fue muerto de muerte malvada es porque alguien le quitó la vida. Reflexionar mientras la lluvia nos va cayendo encima no es ciertamente la cosa más cómoda del mundo, quizás por eso de un momento a otro deja de llover, para que caín pueda pensar con comodidad, seguir libremente el curso de su pensamiento hasta ver adónde le conduce. No lo llegaremos a saber nunca, ni nosotros ni

él, pues la súbita aparición, como si saliese de la nada, de lo que quedaba de una choza lo distrajo de sus aflicciones y de sus pesares. Quedaban señales de cultivo de la tierra en la parte de atrás de la casa, pero era evidente que los habitantes la habían abandonado hacía mucho tiempo, o quizá no tanto si tenemos en cuenta la fragilidad intrínseca, la precaria cohesión de los materiales de estas humildes moradas, que necesitaban constantes reparaciones para no venirse abajo en una sola estación. Si les falta una mano cuidadosa, la casa difícilmente podrá soportar la acción corrosiva de las intemperies, sobre todo la lluvia que empapa los adobes y el viento que va raspando como si estuviese forrado de lija gruesa. Algunas de las paredes interiores se habían venido abajo, el techo estaba hundido en su mayor parte, apenas sobrevivía una esquina relativamente protegida donde el exhausto caminante se dejó caer. Casi no se podía sostener sobre las piernas, no sólo por lo mucho que había caminado, sino también porque el hambre comenzaba a apretar. El día estaba llegando a su fin, en poco tiempo aparecería la noche. Voy a quedarme aquí, dijo Caín en voz alta, según era su costumbre, como si necesitase tranquilizarse a sí mismo, él, a quien nadie amenaza en este momento, él, de quien probablemente ni el propio señor sabe dónde se encuentra. Pese a que el tiempo no estaba demasiado frío, la túnica mojada, pegada a la piel, le hacía tiritar. Pensó que desnudándose mataría dos pájaros de un tiro, primero porque se acabarían los fríos, y también porque la túnica, siendo de un paño más fino que grueso, extendida no tardaría mucho en secarse. Así lo hizo e inmediatamente se sintió mejor. Es verdad que verse desnudo como había venido al mundo no le parecía bien, pero estaba solo, sin testigos, sin nadie que le pudiese tocar. Este pensamiento provocó en él un nuevo estremecimiento, no el mismo, no el que era resultado directo del contacto de la túnica mojada, sino una especie de palpitación en la región del sexo, una ligera rigidez que no tardó en desaparecer, como si se hubiese avergonzado de sí mismo. Caín sabía lo que era aquello, pero, a pesar de su juventud, no le prestaba gran atención o

simplemente tenía miedo de que de ahí le llegase más mal que bien. Se enroscó en la esquina, juntando las rodillas con el pecho, y así se durmió. El frío de la madrugada le hizo despertar, alargó el brazo para palpar la túnica, notó que todavía quedaba en ella un resto de humedad, pero, aun así, decidió vestirla, acabaría de secarse en el cuerpo. No tuvo sueños ni pesadillas, durmió como se supone que dormiría una piedra, sin conciencia, sin responsabilidad, sin culpa, aunque al despertar, con la primera luz de la mañana, sus primeras palabras fueron, He matado a mi hermano. Si los tiempos hubieran sido otros, tal vez habría llorado, tal vez se habría desesperado, tal vez se habría dado golpes en el pecho y en la cabeza, pero siendo las cosas lo que son, prácticamente el mundo acaba de ser inaugurado, nos faltan todavía muchas palabras para que comencemos a intentar decir quiénes somos y no siempre daremos con las que mejor lo expliquen, por eso se contentó con repetir las que había pronunciado hasta que perdieran su significado y no fueran más que una serie de sonidos inconexos, unos balbuceos sin sentido. Entonces se dio cuenta de que sí había soñado, no era un sueño precisamente, sino una imagen, la suya, regresando a casa y encontrando al hermano en el umbral de la puerta, a su espera. Así lo recordará durante toda la vida, como si hubiera hecho las paces con su crimen y no hubiese que sufrir más remordimientos.

Salió de la choza y aspiró profundamente el aire frío. El sol todavía no había nacido, pero el cielo ya se iluminaba con delicados tonos de colores, los suficientes para que el árido y monótono paisaje que tenía delante de los ojos, bajo esta primera luz de la mañana, apareciese transfigurado en una especie de jardín del edén sin prohibiciones. Caín no tenía ningún motivo para orientar sus pasos en una dirección determinada, pero instintivamente buscó las señales dejadas antes de haberse desviado hasta la cabaña en la que había pasado la noche. Era fácil, en el fondo le bastaba caminar al encuentro del sol, hacia aquel lado, allí por donde no tardará en asomar. Aparentemente apaciguado por las horas de sueño, el estómago había moderado las contracciones, y sería bueno que se

mantuviera en esta disposición porque esperanza de comida próxima no se vislumbraba, ya que, si es cierto que de vez en cuando se topaba con alguna que otra higuera, frutos no tenían, que no era su tiempo. Con un resto de energía que ignoraba poseer todavía, reinició la caminata. El sol ha aparecido, hoy no lloverá, incluso es posible que haga calor. Al cabo de no mucho tiempo comenzó a sentirse otra vez cansado. Tenía que encontrar algo de comer, si no acabaría postrado en este desierto, reducido en pocos días a la osamenta, que de eso se encargarían las aves carroñeras o alguna manada de perros salvajes que hasta ahora todavía no se ha manifestado. Estaba escrito sin embargo que la vida de caín no acabaría aquí, sobre todo porque no habría valido la pena que el señor hubiera empleado tanto tiempo en maldecirlo si era para morir en este páramo. El aviso le llegó de abajo, de los fatigados pies que mucho habían tardado en descubrir que el suelo que pisaban era ya otro, desnudo de vegetación, sin hierbas o cardos que entorpecieran él andar, en fin, para dejarlo todo dicho en pocas palabras, caín, sin saber cómo ni cuándo, había encontrado un camino. Se alegró el pobre errante, pues es norma conocida que una vía de tránsito, estrada, vereda o sendero, acaba conduciendo, más pronto o más tarde, más lejos o más cerca, a un lugar poblado donde tal vez sea posible encontrar trabajo, techo y un trozo de pan que mate tanta hambre. Animado por el súbito descubrimiento, haciendo, como se suele decir, de tripas corazón, buscó fuerzas donde ya no las había y aceleró el paso, siempre a la espera de ver ante él una casa con señales de vida, un hombre montado en un burro o una mujer con un cántaro en la cabeza. Todavía tuvo que andar mucho. El viejo que, por fin, apareció ante él iba a pie y llevaba dos ovejas atadas con una cuerda. Caín lo saludó con las palabras más cordiales de su vocabulario, pero el hombre no le correspondió, Qué marca es esa que llevas en la frente, le preguntó. Sorprendido, caín preguntó a su vez, Qué marca, Ésa, dijo el hombre, llevándose la mano a su propia frente, Es una señal de nacimiento, respondió caín, No debes de ser buena gente, Quién te ha dicho eso, cómo lo sabes,

respondió caín imprudentemente, Como dice el refrán antiguo, el diablo que te señaló algún defecto te encontró, No soy mejor ni peor que los demás, busco trabajo, dijo caín tratando de dirigir la conversación hacia el terreno que le convenía, Trabajo por aquí no falta, qué es lo que sabes hacer, preguntó el viejo, Soy agricultor, Ya tenemos suficientes agricultores, por ahí no conseguirás nada, además vienes solo, sin familia, Perdí la mía, La perdiste, cómo, La perdí, simplemente, y no hay nada más que contar, Siendo así, te dejo, no me gusta tu cara ni la señal que tienes en la frente. Ya se apartaba, pero caín lo retuvo, No te vayas, por lo menos dime cómo llaman a estos parajes, Los llaman tierra de nod, Y nod qué quiere decir, Significa tierra de fuga o tierra de los errantes, dime tú, que has llegado hasta aquí, de qué andas huyendo y por qué eres un errante, No le cuento mi vida al primero que encuentro en el camino con dos ovejas atadas con una cuerda, además ni siquiera te conozco, no te debo respeto y no tengo por qué responder a tus preguntas, Volveremos a vernos, Quién sabe, tal vez no encuentre trabajo aquí y tenga que buscar otro destino, Si eres capaz de moldear adobe y levantar una pared, éste es tu destino, Adónde debo ir, preguntó caín, Sigue derecho por esta calle, al fondo hay una plaza, ahí tendrás la respuesta, Adiós, viejo, Adiós, ojalá no llegues tú a serlo, Debajo de las palabras que dices me parece oír otras que callas, Sí, por ejemplo, esa marca que llevas no es de nacimiento, ni te la has hecho a ti mismo, nada de lo dicho aquí es verdadero, Puede ser que mi verdad sea para ti mentira, Puede ser, sí, la duda es el privilegio de quien ha vivido mucho, tal vez por eso no consigues convencerme para que acepte como certeza lo que me suena a falsedad, Quién eres tú, preguntó caín, Cuidado, mozalbete, si me preguntas quién soy yo, estarás reconociendo mi derecho a querer saber quién eres tú, Nada me obliga a decirlo, Vas a entrar en esta ciudad, te vas a quedar aquí, así que más pronto o más tarde todo se sabrá, Sólo cuando tenga que saberse y no por mí, Dime, al menos, cómo te llamas, Abel es mi nombre, dijo caín.

Mientras el falso abel va caminando hacia la plaza donde, según las palabras del viejo, se encontrará con su destino, atendamos la pertinentísima observación de algunos lectores vigilantes, de los que siempre están atentos, que consideran que el diálogo que acabamos de registrar como sucedido no es histórica ni culturalmente posible, que un labrador, de pocas y ya algunas tierras, y un viejo del que no se conoce oficio ni beneficio nunca podrían pensar y hablar así. Tienen razón esos lectores, aunque la cuestión no estriba tanto en disponer o no disponer de ideas y vocabulario suficiente para expresarlas, sino en nuestra propia capacidad para admitir, aunque no sea nada más que por simple empatía humana y generosidad intelectual, que un campesino de las primeras eras del mundo y un viejo con dos ovejas atadas con una cuerda, simplemente con su limitado saber y un lenguaje que todavía estaba dando los primeros pasos, se vean impelidos por la necesidad a probar maneras de expresar premoniciones e intuiciones aparentemente fuera de su alcance. Que ellos no dijeron esas palabras es más que obvio, pero las dudas, las sospechas, las perplejidades, los avances y retrocesos en la argumentación estaban ahí. Lo que hemos hecho es, simplemente, pasar al portugués corriente el doble y para nosotros irresoluble misterio del lenguaje y del pensamiento de aquel tiempo. Si el resultado es coherente ahora, también lo sería entonces, porque, al fin y al cabo, caminantes somos y por el camino andamos. Todos, tanto los sabios como los ignorantes.

Ahí está la plaza. Verdaderamente, haber llamado a esto ciudad fue una exageración. Unas cuantas casas bajas, mal alineadas, unos cuantos niños jugando a no se sabe qué, unos adultos que se mueven como sonámbulos, unos burros que parecen ir a donde quieren y no a donde los conducen, ninguna ciudad que se precie de ese nombre se reconocería en la escena primitiva que tenemos ante los ojos, faltan aquí los automóviles y los autobuses, las señales de tráfico, los semáforos, los pasos subterráneos, los anuncios en las fachadas o en los tejados de las casas, en una

palabra, la modernidad, la vida moderna. Pero todo se andará, el progreso, como se reconocerá más tarde, es inevitable, fatal como la muerte. Y la vida. Al fondo se ve un edificio en construcción, una especie de palacio rústico de dos plantas, nada que ver con mafra, o versalles, o buckingham, en el que se afanan decenas de albañiles y peones, éstos cargando ladrillos sobre las espaldas, aquéllos asentándolos en líneas regulares. Caín no entiende nada de tareas de alta o baja albañilería, pero, si su destino le está esperando aquí, por muy amargo que pueda llegar a ser, y eso siempre se sabe cuándo es demasiado tarde para cambiar, no le queda otro remedio que afrontarlo. Como un hombre. Disimulando lo mejor que pudo la ansiedad y el hambre que le hacía temblar las piernas, avanzó hacia el centro de la plaza. Si por natural desconocimiento los operarios lo hubieran confundido con uno de esos ociosos que en todas las épocas de la humanidad se detienen para ver trabajar a los otros, enseguida habrían comprendido que quien estaba allí era una víctima más de la crisis, un triste desempleado en busca de una tabla de salvación. Casi sin que caín tuviera necesidad de decir a qué venía, le señalaron al encargado que vigilaba el grupo, Habla con él, le dijeron. Caín fue, subió al estrado del observador y, tras los saludos de rigor, dijo que andaba buscando trabajo. El vigilante le preguntó, Qué sabes hacer tú, y caín respondió, De este arte, nada, soy labrador, pero imagino que dos brazos más pueden dar algún servicio, Dos brazos no, puesto que no sabes nada del oficio de albañil, pero dos pies, tal vez, Dos pies, dijo extrañado caín, sin comprender, Sí, dos pies, para pisar el barro, Ah, Espera aquí, voy a hablar con el capataz. Ya se retiraba, pero aún volvió la cabeza para preguntar, Cómo te llamas, Abel, respondió caín. El vigilante no tardó mucho, Puedes comenzar a trabajar ya, te llevo ahora mismo a la pisa del barro, Cuánto voy a ganar, preguntó caín, Los pisadores ganan todos lo mismo, Sí, pero cuánto voy a ganar, Eso no es de mi incumbencia, en todo caso, si quieres un buen consejo, no lo preguntes de entrada, no está bien visto, primero tendrás que demostrar lo que vales, y todavía te digo algo más, no deberías

preguntar nada, espera a que te paguen, Si piensas que es lo mejor, así lo haré, pero no me parece justo, Aquí no conviene ser impaciente, De quién es la ciudad, cómo se llama, preguntó caín, Cómo se llama quién, la ciudad o el señor que manda en ella, Ambos, La ciudad, por así decir, todavía no tiene nombre, unos la llaman de una forma, otros de otra, de todas maneras estos sitios son conocidos como tierra de nod, Ya lo sé, me lo ha dicho un viejo que he encontrado al llegar, Un viejo con dos ovejas atadas con una cuerda, preguntó el vigilante, Sí, Aparece por aquí a veces, pero aquí no vive, Y el señor de aquí, quién es, El señor es señora y su nombre es lilith, No tiene marido, preguntó caín, Creo haber oído decir que se llama noah, pero ella es quien gobierna el rebaño, dijo el vigilante, e inmediatamente anunció, Ésta es la pisa del barro. Un grupo de hombres con la túnica arremangada con un nudo por encima de las rodillas daba vueltas sobre la gruesa capa de una mezcla de barro, paja y arena, apisonándola con determinación, de manera que se convirtiera en una masa tan homogénea como fuera posible sin los adecuados medios mecánicos. No era un trabajo que exigiese mucha ciencia, sólo buenas y sólidas piernas y, a ser posible, un estómago confortado, cosa que, como sabemos, no es el caso de caín. Dijo el vigilante, Puedes entrar, sólo tienes que hacer lo que hacen los otros, Hace tres días que no como, tengo miedo de que se me quiebren las fuerzas y me caiga ahí, en medio del barro, dijo caín, Ven conmigo, No tengo con qué pagar, Ya pagarás después, ven. Fueron los dos a una especie de quiosco que se situaba a un lado de la plaza y donde se vendía comida. Para no sobrecargar el relato con pormenores históricos dispensables pasaremos sin examinar el modesto menú, cuyos ingredientes, por otra parte, por lo menos en algunos casos, no sabríamos identificar. Los alimentos tenían aspecto de bien condimentados y caín comía que daba gusto verlo. Entonces el vigilante preguntó, Qué señal es esa que tienes en la frente, no parece natural, Puede ser que no lo parezca, pero ya nací con ella, Da la impresión de que alguien te ha marcado, El viejo de las dos ovejas también me dijo lo mismo, pero

estaba equivocado, como tú también lo estás, Si tú lo dices, Lo digo y lo repetiré cuantas veces sean necesarias, pero preferiría que me dejasen en paz, si fuera cojo en vez de tener esta señal, supongo que no me lo estarían recordando constantemente, Tienes razón, no volveré a molestarte, No me molestas nada, y más teniendo en cuenta que tengo que agradecerte la gran ayuda que me estás dando, el empleo, esta comida que me ha puesto el alma en su lugar, y tal vez alguna otra cosa, Qué cosa, No tengo dónde dormir, Eso se resuelve fácilmente, te consigo una estera, ahí hay una hospedería, hablaré con el dueño, No hay duda de que eres un buen samaritano, dijo caín, Samaritano, preguntó el vigilante intrigado, qué es eso, No lo sé, me salió de repente, sin pensar, no sé lo que significa, Tienes más cosas en la cabeza de lo que tu apariencia promete, Esta túnica inmunda, Te cedo una de las mías, y ésa la usarás para el trabajo, Por lo poco que conozco de este mundo no debe de haber muchos hombres buenos, ha sido una suerte para mí encontrar aquí a uno de ellos, Acabaste, preguntó el vigilante en un tono algo seco, como si lo incomodaran los halagos, No puedo más, no recuerdo haber comido tanto alguna vez en la vida, Ahora, a trabajar. Regresaron al palacio, esta vez por la parte edificada antes de la ampliación en curso, y allí vieron en un balcón a una mujer vestida con todo lo que debía de ser lujo en la época, y esa mujer, que a la distancia ya parecía bellísima, los miraba como absorta, como si no los viera, Quién es, preguntó caín, Es lilith, la dueña del palacio y de la ciudad, ojalá no ponga los ojos en ti, ojalá, Por qué, Se cuentan cosas, Qué cosas, Se dice que es bruja, capaz de enloquecer a un hombre con sus hechizos, Qué hechizos, preguntó caín, No lo sé ni quiero saberlo, no soy curioso, a mí me basta con haber visto por ahí a dos o tres hombres que tuvieron comercio carnal con ella, Y qué, Unos infelices que daban lástima, espectros, sombras de lo que habían sido, Debes de estar loco si piensas que un pisador de barro pueda dormir con la reina de la ciudad, Quieres decir la dueña, Reina o dueña, da lo mismo, Se ve que no conoces a las mujeres, son capaces de todo, de lo mejor y

de lo peor si les da por ahí, son muy señoras de despreciar una corona a cambio de ir al río a lavarle la túnica al amante o de arrasar todo y a todos para sentarse en un trono, Hablas por experiencia, preguntó caín, Observo, nada más, por eso soy vigilante, Sin embargo, alguna experiencia tendrás, Sí, alguna, pero soy un pájaro de alas cortas, de esos que vuelan bajo, Pues yo ni siquiera he alzado el vuelo una sola vez, No conoces mujer, preguntó el vigilante, No, Estás muy a tiempo, todavía eres joven. Estaban delante de la pisa del barro. Esperaron a que los hombres, más o menos alineados desde el centro a la periferia y que de vez en cuando intercambiaban los lugares, los de dentro afuera, los de fuera adentro, acabasen de dar la vuelta y llegaran a su altura. Entonces el vigilante le dijo, tocándole en el hombro, Entra.

Como todo, las palabras tienen sus qués, sus cómos, sus porquéns. Algunas, solemnes, nos interpelan con aire pomposo, dándose importancia, como si estuviesen destinadas a grandes cosas y, ya se verá más tarde, no son nada más que una brisa leve que no conseguiría mover un aspa de molino, otras, de las más comunes, de las habituales, de las de todos los días, acabarán teniendo consecuencias que nadie se atrevería a pronosticar, no habían nacido para eso y, sin embargo, sacudieron el mundo. El vigilante dijo, Entra, y fue como si dijera, Ve a pisar el barro, ve a ganarte el pan, pero esa palabra fue exactamente la misma que lilith, semanas más tarde, acabará pronunciando, letra por letra, después de mandar llamar al hombre que le habían dicho que se llamaba abel, Entra. En mujer con fama de diligente a la hora de buscar satisfacción a sus deseos, puede parecer extraño que hubiera tardado semanas en abrirle la puerta de su cuarto, pero hasta esto tiene explicación, como más adelante se verá. Durante ese tiempo, caín no podría ni imaginar qué ideas estaba alimentando esa mujer cuando, al principio acompañada por un séquito de guardias, esclavas y otros servidores, comenzó a aparecer en la pisa del barro. Sería como aquellos propietarios rurales bien humorados que van al campo a interesarse por el

esfuerzo de los que trabajan para ellos, animándolos con su visita, en la que nunca falta una palabra de estímulo y, a veces, en el mejor de los casos, un gracejo de camaradería que, con ganas o sin ganas, hará reír a todo el mundo. Lilith no hablaba, a no ser con el vigilante del local, al que pedía información sobre la marcha del trabajo y, alguna que otra vez, aparentemente para mantener la conversación, sobre el origen de los trabajadores que venían de fuera, por ejemplo, ese que va ahí, No sé de dónde viene, señora, cuando se lo pregunté, es natural que queramos saber con quién tenemos que lidiar, señaló en dirección a poniente y pronunció dos palabras, nada más que dos, Qué palabras, De allí, señora, No ha dicho nada sobre las razones por las que dejó su tierra, No, señora, Y cómo se llama, Abel, señora, me dijo que se llamaba abel, Es un buen trabajador, Sí, señora, es de los que hablan poco y cumplen bien con la obligación, Y la señal que tiene en la frente, qué es, También se lo pregunté y me dijo que es de nacimiento, Por lo tanto, de este abel que vino de poniente no sabemos nada, No es del único, señora, quitando los que son de aquí y más o menos conocemos, el resto son historias que están por contar, vagabundos, forajidos, en líneas generales son personas de pocas palabras, quizá entre ellos se confíen unos a otros, pero ni de eso se puede tener certeza, Y el de la señal, cómo se comporta, En mi opinión, actúa como si quisiera que nadie notara su presencia, La noté yo, murmuró lilith hablando consigo misma. Unos días después apareció en la pisa del barro un enviado de palacio que le preguntó a caín si tenía algún oficio. Caín le respondió que tiempo atrás fue agricultor y que se había visto obligado a dejar sus tierras por culpa de las malas cosechas. El enviado llevó la información y volvió al cabo de tres días con una orden de que el pisador abel se presentase inmediatamente en palacio. Tal como se encontraba, con su vieja túnica sucia y ya convertida casi en un harapo, caín, después de limpiarse como mejor pudo las piernas llenas de barro, siguió al enviado. Entraron en palacio por una pequeña puerta lateral que daba a un vestíbulo donde dos mujeres esperaban. Se

retiró el enviado para dar parte de que el pisador de barro abel ya se encontraba allí y al cuidado de las esclavas. Conducido por ellas hasta un cuarto separado, caín fue desvestido y luego lavado de los pies a la cabeza con agua tibia. El contacto insistente y minucioso de las manos de las mujeres le provocó una erección que no pudo reprimir, suponiendo que tal proeza fuera posible. Ellas se rieron y, en respuesta, redoblaron las atenciones para con el órgano erecto al que, entre risitas, llamaban flauta muda, y que de repente saltó de sus manos con la elasticidad de una cobra. El resultado, vistas las circunstancias, era más que previsible, el hombre eyaculó de repente, en chorros sucesivos que, arrodilladas como estaban, las esclavas recibieron en la cara y en la boca. Un súbito relámpago de lucidez iluminó el cerebro de caín, para esto fueron a por él a la pisa del barro, pero no para dar gusto a simples esclavas, que otras satisfacciones propias de su condición debían de tener. El aviso prudente del vigilante de los albañiles había caído en saco roto, caín acababa de asentar el pie en la trampa hacia la que la dueña del palacio lo venía empujando suavemente, sin precipitaciones, casi sin que se notara, como si estuviese distraída con una nube que pasaba, pensando en otra cosa. La tardanza del golpe final se estableció a propósito para dar tiempo a que la simiente lanzada en la tierra como por casualidad pudiese germinar por sí misma y florecer. En cuanto al fruto, estaba claro que no habría que esperar mucho para la cosecha. Las esclavas parecían no tener prisa, concentradas ahora en extraer las últimas gotas del pene de caín que se llevaban a la boca en la punta de un dedo, una tras otra, con deleite. Todo acaba, sí, todo tiene su término, una túnica limpia cubre la desnudez del hombre, es hora, palabra sobre todas anacrónica en esta bíblica historia, de ser conducido ante la presencia de la dueña del palacio, que le dará destino. El enviado esperaba en el vestíbulo, una simple mirada le bastó para adivinar lo que había pasado durante el baño, pero no se escandalizó, ya que los enviados, por razones de oficio, ven mucho mundo, no hay nada que los sorprenda. Además, como ya en esta época era sabido, la

carne es extremadamente débil, y no tanto por su culpa, pues el espíritu, cuyo deber, en principio, sería levantar una barrera contra todas las tentaciones, es siempre el primero en ceder, en izar la bandera blanca de la rendición. El enviado sabía hacia dónde iba siendo conducido el pisador de barro abel, adónde y para qué, pero no lo envidiaba, al contrario del episodio lúbrico de las esclavas, que, ése sí, le perturbaba la circulación de la sangre. La entrada en el palacio fue, esta vez, por la puerta principal porque aquí nada se hace a escondidas, si la dueña lilith ha encontrado un nuevo amante, mejor es que se sepa ya, para que no se arme todo un entramado de secretitos y de maledicencias, toda una red de risitas y murmuraciones, como infaliblemente sucedería en otras culturas y civilizaciones. El enviado le ordenó a una nueva esclava que estaba esperando en la parte de fuera de la puerta de la antecámara, Ve a decirle a tu señora que estamos aquí. La esclava fue y regresó con el recado, Ven conmigo, le dijo a caín, y luego al enviado, Tú, vete, ya no eres necesario. Así son las cosas, que nadie se envanezca porque le hayan confiado una misión delicada, lo más seguro es que después del trabajo le digan, Tú, vete, ya no eres necesario, de esto saben mucho los enviados. Lilith estaba sentada en un escaño de madera trabajada, llevaba un vestido que debía de valer un potosí, una prenda que exhibía sin ningún recato un escote que dejaba ver la primera curva de los senos y permitía adivinar el resto. La esclava se había retirado, estaban a solas. Lilith le lanzó al hombre una ojeada de inspección, pareció aprobar lo que veía y finalmente dijo, Estarás siempre en esta antecámara, de día y de noche, ahí tienes tu catre y un banco para sentarte, serás, hasta que mude de ideas, mi portero, impedirás la entrada de cualquier persona, sea quien sea, a mi habitación, salvo a las esclavas que vienen a limpiar y a ordenar, Sea quien sea, señora, preguntó caín sin intención aparente, Veo que eres ágil de cabeza, si estás pensando en mi marido, sí, tampoco él está autorizado a entrar, pero ya lo sabe, no se lo tienes que decir, Y si incluso así quiere alguna vez forzar la entrada, Eres un hombre robusto, sabrás cómo impedirlo, No puedo

enfrentarme por la fuerza a quien, siendo señor de la ciudad, es señor de mi vida, Puedes, si yo te lo ordeno, Más tarde o más pronto las consecuencias caerán sobre mi cabeza, De eso, querido joven, nadie escapa en este mundo, pero, si eres cobarde, si tienes dudas o miedo, el remedio es fácil, vuelve al barro, Nunca he creído que pisar barro fuese mi destino, Tampoco sé si serás, para siempre, el portero del aposento de lilith, Basta que lo sea en este momento, señora, Bien dicho, sólo por esas palabras ya mereces un beso. Caín no respondió, estaba prestándole atención a la voz del vigilante de los albañiles, Ten cuidado, se dice que es bruja, capaz de enloquecer a un hombre con sus hechizos. En qué piensas, preguntó lilith, En nada, señora, ante ti no soy capaz de pensar, te miro y te admiro, nada más, Tal vez merezcas un segundo beso, Estoy aquí, señora, Pero yo todavía no, portero. Se levantó, se ajustó los pliegues del vestido dejando caer lentamente las manos por el cuerpo, como si estuviese acariciándose a sí misma, primero los senos, luego el vientre, después el principio de los muslos, donde se entretuvo, y todo esto lo hizo mientras miraba al hombre fijamente, sin expresión, como una estatua. Las esclavas, libres de frenos morales, habían reido de pura alegría, casi con inocencia, mientras se divertían manipulando el cuerpo del hombre, habían participado de un juego erótico del que conocían todos los preceptos e infracciones, pero aquí, en esta antecámara donde ningún sonido exterior penetra, lilith y caín parecen dos maestros de esgrima que apuran las espadas para un duelo a muerte. Lilith ya no está, ha entrado en el cuarto y cerrado la puerta, caín mira alrededor y no encuentra otro refugio a no ser el banco que le ha sido asignado. Allí se sentó, repentinamente asustado con la perspectiva de los días futuros. Se sentía prisionero, ella misma lo dijo, Estarás aquí día y noche, sólo le faltó añadir, Serás, cuando yo así lo decida, el buey que me cubra, expresión esta que parecerá no sólo grosera sino mal aplicada al caso, dado que, en principio, cubrir es cosa de animales cuadrúpedos, no de seres humanos, aunque muy bien aplicada está aquí porque éstos fueron tan cuadrúpedos como aquéllos, y todos

sabemos que lo que hoy denominamos brazos y piernas fueron sólo piernas durante mucho tiempo, hasta que a alguien se le ocurrió decirle a los futuros hombres, Levántense, que ya es hora. También caín se pregunta si no será hora de huir de allí antes de que sea demasiado tarde, pero la pregunta es ociosa, sabe demasiado bien que no huirá, dentro de aquella habitación hay una mujer que parece disfrutar tanteándole con sucesivos lances, pero un día de éstos le dirá, Entra, y él entrará, y, entrando, pasará de una prisión a otra. No nací para esto, piensa caín. Tampoco había nacido para matar a su propio hermano, y aun así había dejado el cadáver en medio del campo con los ojos y la boca cubiertos de moscas, a él, abel, que tampoco para eso había nacido. Caín le da vueltas a la vida en su cabeza y no le encuentra explicación, véase a esta mujer, que, pese a estar enferma de deseo, como es fácil percibir, se complace en ir retardando el momento de la entrega, palabra por otro lado altamente inadecuada, porque lilith, cuando finalmente abra las piernas para dejarse penetrar, no estará entregándose, estará, sí, tratando de devorar al hombre al que dice, Entra.

5

CAÍN YA ENTRÓ, ya durmió en la cama de lilith, y, por más increíble que nos parezca, fue su propia falta de experiencia en el sexo lo que le impidió ahogarse en el vórtice de lujuria que en un solo instante arrebató a la mujer y la hizo gritar como posesa. Le rechinaban los dientes, mordía la almohada, luego el hombro del hombre, cuya sangre sorbió. Aplicado, caín se esforzaba sobre el cuerpo de ella, perplejo ante aquellos movimientos y voces desgarradoras, pero, al mismo tiempo, otro caín que no era él observaba el cuadro con curiosidad, casi con frialdad, la agitación irreprimible de los miembros, las contorsiones del cuerpo de ella o de su propio cuerpo, las posturas que la cópula, por sí misma, solicitaba o imponía, hasta el apogeo de los orgasmos. No durmieron mucho en esa primera noche los dos amantes. Ni en la segunda, ni en la tercera, ni en todas las que siguieron, lilith era insaciable, las fuerzas de caín parecían inagotables, insignificante, casi nulo, el intervalo entre dos erecciones y respectivas eyaculaciones, bien podía decirse que estaban, uno y otro, en el paraíso del alá que está por venir. Una noche de ésas, noah, el señor de la ciudad y marido de lilith, a quien un esclavo de confianza llevó la noticia de que algo extraordinario estaba pasando allí, entró en la antecámara. No era la primera vez que lo hacía. Marido consentidor como los que más lo han sido, noah, en todo el tiempo de vida en común, como suele decirse, fue incapaz de hacerle un hijo a la mujer, y era justamente la conciencia de ese continuo desaire, y tal vez también la esperanza de que lilith acabase quedándose embarazada de un

amante ocasional y le diese finalmente un hijo al que poder llamar heredero, lo que le hizo adoptar, casi sin darse cuenta, esa actitud de condescendencia conyugal que, con el tiempo, acabaría convirtiéndose en una cómoda manera de vivir, sólo perturbada las rarísimas veces en que lilith, movida por lo que imaginamos es la tan mentada compasión femenina, decidía ir a la habitación del marido para un fugaz e insatisfactorio contacto que a ninguno de los dos comprometía, ni a él para exigir más de lo que le había sido dado, ni a ella para reconocerle ese derecho. Nunca, sin embargo, lilith le permitió a noah que entrara en su habitación. En ese momento, a pesar de que la puerta estaba cerrada, la vehemencia de las pasiones eróticas de los dos compañeros alcanzaba al pobre hombre como sucesivas bofetadas, dando lugar en él al nacimiento súbito de un sentimiento que no había experimentado antes, un odio desmedido hacia el caballero que montaba a la yegua lilith y la hacía relinchar como nunca. Lo mato, se dijo a sí mismo noah, sin pensar en las consecuencias del acto, por ejemplo, cómo iba a reaccionar lilith si le mataba al amante preferido. Los mato, insistió noah, ampliando ahora su propósito, lo mato a él y la mato a ella. Sueños, fantasías, delirios, noah no matará a nadie y tendrá él mismo la suerte de escapar a la muerte sin hacer nada por evitarla. Del cuarto ahora ya no llega ningún sonido, pero eso no quiere decir que la fiesta de los cuerpos haya terminado, los músicos sólo están descansando un poco, la orquesta no tardará en atacar el baile siguiente, ese en que la extenuación dará paso, hasta la noche siguiente, al violento paroxismo final. Noah ya se ha retirado, lleva con él sus proyectos de venganza, que acaricia como si arrullara el cuerpo inaccessible de lilith. Veremos cómo acaba todo esto. Después de lo que ha quedado escrito, es natural que a más de uno se le ocurra preguntar si caín no está cansado, exprimido hasta los tuétanos por la insaciable amante. Cansado está, exprimido también, y pálido como si estuviera al borde de que se le extinguiera la vida. Es cierto que la palidez no es nada más que la consecuencia de la falta de sol, de la privación del beneficioso aire

libre que hace crecer las plantas y dora la piel de las personas. De todos modos, quien hubiera visto a este hombre antes de entrar en el cueto de lilith, todo su tiempo dividido entre la antecámara y la cópula, sin duda diría, repitiendo, sin saberlo, las palabras del vigilante de los albañiles, Se ha convertido en una sombra, una verdadera sombra. De esto mismo acabó dándose cuenta la principal responsable de la situación. Tienes mala cara, dijo ella, Estoy bien, respondió caín, Lo estarás, pero tu cara dice lo contrario, No tiene importancia, La tiene, a partir de ahora darás un paseo todos los días, te llevas un esclavo para que nadie te moleste, quiero verte con la cara que tenías cuando te vi en la pisa del barro, No tengo más voluntad que la tuya, señora. El esclavo acompañante fue elegido por la propia lilith, pero lo que ella no sabía es que se trataba de un agente doble que, aunque a su servicio desde el punto de vista administrativo, recibía órdenes de noah. Temámonos por tanto lo peor. En las primeras salidas, el paseo no fue perturbado por ningún incidente, el esclavo siempre un paso por detrás de caín, siempre atento a lo que él decía, sugiriendo el recorrido que consideraba que era el mejor fuera de los muros de la ciudad. No existían, pues, motivos para preocuparse. Hasta que un día se presentaron todos juntos en la figura de tres hombres que les asaltaron en el camino y con los que, como caín enseguida entendió, el esclavo traidor formaba cuadrilla. Qué queréis, preguntó caín. Los hombres no respondieron. Todos venían armados, con espada el que parecía ser el jefe, con puñales los otros. Qué queréis, volvió a preguntar caín. La respuesta vino dada por el acero de repente desenvainado y apuntándole al pecho, Matarte, dijo el hombre y avanzó, Por qué, preguntó caín, Porque tus días han sido contados, No podrás matarme, dijo caín, la marca que llevo en la frente no te lo permitirá, Qué marca, preguntó el hombre, que, por lo visto, era miope, Ésta, aquí, señaló caín, Ah, sí, ya la veo, lo que no veo es cómo puede esa señal evitar que te mate, No es señal, sino marca, Y quién te la hizo, tú mismo, preguntó el otro, No, el señor, Qué señor, El señor dios. El hombre soltó una carcajada a la que los

restantes, incluyendo el esclavo infiel, respondieron en animado coro. Los que ríen, llorarán, dijo caín, y, al jefe del grupo, Tienes familia, le preguntó, Para qué quieres saberlo, Tienes hijos, mujer, padre y madre vivos, otros parientes, Sí, pero, No necesitarás matarme para que ellos sufran castigo, lo interrumpió caín, la espada que llevas en la mano ya los ha condenado, palabra del señor, No creas que con esas mentiras te vas a salvar, gritó el hombre y avanzó espada en ristre. En el mismo instante el arma se transformó en una cobra que el hombre se sacudió de la mano horrorizado, Ahí tienes, dijo caín, sentiste una cobra y es una espada. Se agachó y agarró el arma por la empuñadura, Podría matarte ahora mismo, que nadie vendría en tu auxilio, tus compañeros han huido, el traidor que venía conmigo también, Perdóname, imploró el hombre poniéndose de rodillas, Sólo el señor podría perdonarte si quisiera, yo no, vete, tendrás en casa el pago por tu vileza. El hombre se alejó con la cabeza baja, llorando, estremeciéndose, mil veces arrepentido por haber elegido la profesión de salteador de caminos en la especialidad de asesino. Repitiendo los pasos que había dado la primera vez, caín regresó a la ciudad. Igual que entonces, al doblar la esquina, se encontró de frente con el viejo y las dos ovejas atadas con una cuerda. Has cambiado mucho, no te pareces en nada al vagabundo que venía de poniente ni al pisador de barro, dijo él, Soy portero, respondió caín, y siguió su camino, Portero de qué puerta, preguntó el viejo, en un tono que quería ser de escarnio pero que sonaba a despecho, Si lo sabes, no te canses preguntando, Me faltan los pormenores, en los pormenores es donde está la sal, Ahórcate con ellos, cuerda ya tienes, remató caín, es la mejor manera de que no vuelva a verte. El viejo todavía gritó, Vas a verme hasta el fin de tus días, Mis días no tendrán fin, mientras tanto cuida de que las ovejas no se coman la cuerda, Para eso estoy, aunque ellas no piensan en otra cosa.

Lilith no se encontraba en su habitación, estaría en la azotea, desnuda, como era su costumbre, tomando el sol. Sentado en su único banco, caín hizo un balance, una revisión de lo que le había

sucedido. Era evidente que el esclavo lo condujo a propósito por aquel camino para encontrarse con los bandidos que los estaban esperando, alguien, por tanto, habría elaborado el plan de acabar con su vida. Adivinar quién sería el que hoy podríamos considerar autor intelectual del frustrado atentado no era nada difícil. Noah, dijo caín, ha sido él, nadie más en el palacio y en la ciudad entera estaría interesado en mi desaparición. En ese momento lilith entraba en la antecámara, Poco ha durado tu paseo, dijo. Una fina capa de sudor le hacía brillar la piel de los hombros, estaba apetitosa como una granada madura, como un higo en sazón que ya dejaba salir la primera gota de miel. A caín incluso se le pasó por la cabeza arrastrarla hasta la cama, pero desistió de la idea, tenía en esos momentos asuntos serios que tratar, tal vez más tarde. Intentaron matarme, dijo, Matarte, quién, preguntó lilith sobresaltada, El esclavo que mandaste conmigo y unos bandidos contratados, Qué ha pasado, cuéntame, El esclavo me llevó por un camino fuera de la ciudad, el asalto se produjo allí, Te han hecho daño, te han herido, No, Cómo conseguiste librarte de ellos, A mí no se me puede matar, dijo caín serenamente, Serás tú la única persona que crea eso en este mundo, Así es. Hubo un silencio que caín interrumpió, No me llamo abel, dijo, mi nombre es caín, Me gusta más éste que el otro, dijo lilith haciendo un esfuerzo para mantener la conversación en un tono ligero, propósito que caín deshizo en el instante siguiente, Abel era el nombre de mi hermano, al que maté porque el señor me había preferido en su favor, tomé su nombre para ocultar mi identidad, Aquí no nos importa nada que seas caín o abel, la noticia de tu crimen nunca nos llegó, Sí, hoy comprendo eso, Cuéntame entonces lo que pasó, No tienes miedo de mí, no te repugno, preguntó caín, Eres el hombre que he elegido para mi cama y con quien estaré acostada dentro de poco. Entonces caín abrió el arca de los secretos y relató el suceso con todos los pormenores, sin olvidar las moscas en los ojos y en la boca de abel, también las palabras dichas por el señor, el enigmático compromiso por él asumido de protegerlo de una muerte violenta, No me preguntes

cómo, dijo caín, ni por qué lo hizo, no me lo dijiste y no creo que sea cosa que se pueda explicar, A mí me basta con que estés vivo y en mis brazos, dijo lilith, Ves en mí a un criminal al que nunca se podrá perdonar, preguntó caín, No, respondió ella, veo en ti a un hombre al que el señor ofendió, y, ahora que ya sé cómo te llamas realmente, vámónos a la cama, arderé aquí mismo de deseo si no me acudes, fuiste el abel que conocí entre mis sábanas, ahora eres el caín que me falta conocer. Cuando el desvarío de las repetidas y variadas penetraciones dio lugar a la laxitud, al abandono total de los cuerpos, lilith dijo, Fue noah, Creo que sí, creo que ha sido noah, concordó caín, no encuentro otra persona ni en el palacio ni en la ciudad que pudiera desear verme muerto tanto como él, Cuando nos levantemos lo llamaré, oirás lo que tengo que decirle. Durmieron un poco para darles satisfacción a los miembros cansados, despertaron casi al mismo tiempo y lilith, ya en pie, dijo, Quédate acostado, él no entrará. Llamó a una esclava para que la ayudara a vestirse y después, con la misma esclava, envió recado a noah para que viniera a hablar con ella. Se sentó en la antecámara, a la espera, y cuando el marido entró, dijo sin preámbulos, Mandarás matar al esclavo que me diste para acompañar a caín en su paseo, Quién es caín, preguntó noah sorprendido por la novedad, Caín fue abel, ahora es caín, a los hombres que tendieron la emboscada los matarás también, Dónde está caín, ya que ha pasado a ser ése su nombre, A salvo, en mi cuarto. El silencio se hizo palpable, por fin noah dijo, No he tenido nada que ver con lo que dices que ha pasado, Cuidado, noah, mentir es la peor de las cobardías, No estoy mintiendo, Eres cobarde y estás mintiendo, fuiste tú quien le indicó al esclavo lo que tenía que hacer, y dónde y cómo, ese mismo esclavo que, estoy segura, te ha servido de espía de mis actos, ocupación verdaderamente inútil porque lo que hago, lo hago a las claras, Soy tu marido, deberías respetarme, Es posible que tengas razón, en realidad debería respetarte, Entonces a qué esperas, preguntó noah, fingiendo una irritación que, amedrentado por la acusación, estaba lejos de sentir, No estoy a la espera de nada, no

te respeto, simplemente, Soy mal amante, no te hice el hijo que querías, es eso, preguntó él, Podrías ser un amante de primera clase, podrías haberme hecho no un hijo, sino diez, y aun así no te respetaría, Por qué, Voy a pensar en el asunto, cuando haya descubierto las razones por las que no siento el menor respeto hacia ti te mandaré llamar, te prometo que serás el primero en conocerlas, y ahora te pido que te retires, estoy fatigada, necesito descansar. Noah ya se apartaba, pero ella aún insistió, Una cosa más, cuando hayas cazado a ese maldito traidor, y espero que no tardes demasiado, esto es un consejo que te doy, avísame para que asista a su muerte, la de los otros no me interesa, Así lo haré, y puso el pie en el umbral de la puerta, todavía a tiempo de oír las últimas palabras de la mujer, Y, en caso de que haya tortura, quiero estar presente. Regresando al cuarto, lilith le preguntó a caín, Has oído, Sí, Qué te ha parecido, No hay duda, fue él quien ordenó que me mataran, ni siquiera ha sido capaz de reaccionar como lo haría un inocente. Lilith se metió en la cama, pero no se acercó a caín. Estaba tumbada sobre la espalda, con los ojos muy abiertos mirando al techo, y de repente dijo, Tengo una idea, Cuál, Matar a noah, Eso es una locura, un disparate sin pies ni cabeza, expulsa esa idea absurda de tu ánimo, por favor, Absurda, por qué, quedaríamos libres de él, nos casaríamos, tú serías el nuevo señor de la ciudad y yo tu reina y tu esclava preferida, aquella que besaría el suelo por donde tú pasases, aquella que, si fuera necesario, recibiría en sus manos tus heces, Y quién lo mataría, Tú, No, lilith, no me lo pidas, no me lo ordenes, ya tengo mi parte de asesinatos, No lo harías por mí, no me amas, preguntó ella, te he entregado mi cuerpo para que lo gozaras sin límite, sin peso ni medida, para que disfrutaras de él sin reglas ni prohibiciones, te he abierto las puertas de mi espíritu, antes trancadas, y te niegas a hacer algo que te pido y que nos traería la libertad plena, Libertad, sí, y remordimiento también, No soy mujer de remordimientos, eso es cosa para alfeñiques, para débiles, yo soy lilith, Y yo soy sólo un caín cualquiera que llegó de lejos, uno que mató a su hermano, un

pisador de barro que, sin haber hecho nada que lo mereciera, tuvo la suerte de dormir en la cama de la mujer más bella y ardiente del mundo, a la que ama, quiere y desea con cada poro de su cuerpo, Entonces no mataremos a noah, preguntó lilith, Si tan empeñada estás en eso, manda a un esclavo, No desprecio a noah hasta el punto de mandar que lo mate un esclavo, Esclavo soy yo y querías que lo matara, Es diferente, no es esclavo quien se acuesta en mi cama, o tal vez lo sea, pero de mí y de mi cuerpo, Y por qué no lo matas tú, preguntó caín, Creo que, a pesar de todo, no sería capaz, Hombres que matan a mujeres es cosa de todos los días, matándolo tú a él tal vez inaugures una nueva época, Que lo hagan otras, yo soy lilith, la loca, la que desvaría, pero mis errores y mis crímenes por ahí se quedan, Entonces, dejémoslo vivir, bastante castigo será para él saber que nosotros sabemos que me quiso matar, Abrázame, ponme bajo tus pies, pisador de barro. Caín la abrazó, pero entró en ella suavemente, sin violencia, con una dulzura inesperada que casi la desata en lágrimas. Dos semanas después lilith anunció que estaba embarazada.

Cualquiera diría que la paz social y la paz doméstica reinaban finalmente en el palacio, envolviéndolos a todos en un mismo abrazo fraternal. No era así, transcurridos algunos días caín llegó a la conclusión de que, ahora que lilith estaba esperando un hijo, su tiempo había terminado. Cuando el niño llegue al mundo será para todos el hijo de noah, y si al principio no faltarían las más que justificadas sospechas y murmuraciones, el tiempo, ese gran igualador, se encargaría de ir limando unas y otras, sin contar con que los futuros historiadores se encargarán de eliminar de la crónica de la ciudad cualquier alusión a un cierto pisador de barro, llamado abel, o caín, o como demonios fuese su nombre, duda esta que, por sí sola, ya sería considerada razón más que suficiente para condenarlo al olvido, en definitiva cuarentena, así lo considerarían, en el limbo de esos sucesos que, para tranquilidad de las dinastías, no es conveniente airear. Este nuestro relato, aunque no tenga nada de histórico, demuestra hasta qué punto estaban equivocados o

eran malintencionados los tales historiadores, caín existió de verdad, le hizo un hijo a la mujer de noah, y ahora tiene un problema que resolver, cómo informar a lilith de que su deseo es partir. Confiaba en que la condena dictada por el señor, Andaráis errante y perdido por el mundo, pudiese convencerla para que aceptara su decisión de irse. Al final fue menos difícil de lo que esperaba, tal vez también porque esa criatura, formada por poco más que un puñado de células titubeantes, expresaba ya un querer y una voluntad, siendo el primer efecto haber reducido la loca pasión de los padres a un vulgar episodio de cama al que, como ya sabemos, la historia oficial ni siquiera le dedicará una línea. Caín le pidió a lilith un jumento y ella dio órdenes para que le fuera entregado el mejor, el más dócil, el más robusto que hubiese en los establos del palacio, y en esto estábamos cuando corrió por la ciudad la noticia de que el esclavo traidor y sus comparsas habían sido descubiertos y presos. Afortunadamente para las personas sensibles, esas que siempre apartan los ojos de los espectáculos incómodos, sean de la naturaleza que sean, no hubo interrogatorios ni torturas, beneficios que tal vez haya que atribuir al embarazo de lilith, pues, según la opinión fundamentada de las autoridades locales, podría ser de mal augurio para el futuro del niño en gestación no sólo la sangre que inevitablemente se derramaría, sino, y sobre todo, los desesperados gritos de los torturados. Decían esas autoridades, en general parteras de larga experiencia, que los bebés, dentro de las barrigas de las madres, oyen cuanto pasa en la parte de fuera. El resultado fue una sobria ejecución por ahorcamiento ante todos los habitantes de la ciudad, como un aviso, Atención, esto es lo mínimo que os puede suceder. Desde un balcón del palacio asistieron al acto punitivo noah, lilith y caín, éste como víctima del frustrado asalto. Quedó registrado que, al contrario de lo que determinaba el protocolo, no era noah quien ocupaba el centro del pequeño grupo, sino lilith, que de esta manera separaba al marido del amante, como si dijera que, aunque no amando al esposo oficial, a él se mantendría ligada porque así parecía desearlo la opinión pública y

lo necesitaban los intereses de la dinastía, y que, estando obligada por el cruel destino, Andarás errante y perdido por el mundo, a dejar que caín partiera, a él continuaría unida por la sublime memoria del cuerpo, por los recuerdos inextinguibles de las fulgurantes horas que había pasado con él, esto una mujer nunca lo olvida, no es como los hombres, a los que todo les escurre por la piel. Los cadáveres de los facinerosos se quedarán colgados ahí donde se encuentran hasta que de ellos no queden nada más que los huesos, pues su carne es maldita y la tierra, si en ella fueran sepultados, se revolvería hasta vomitarlos una y muchas veces. Esa noche, lilit y caín durmieron juntos por última vez, ella lloró y él se abrazó a ella y lloró también, pero las lágrimas no duraron mucho, enseguida la pasión erótica se apropió de ellos y, gobernándolos, nuevamente los desgobernó hasta el delirio, hasta lo absoluto, como si el mundo no fuese más que eso, dos amantes que uno a otro interminablemente se devoran, hasta que lilit dijo, Mátame. Sí, tal vez debiera ser éste el fin lógico de la historia de los amores de caín y de lilit, pero él no la mató, la besó largamente en los labios, después se levantó, la miró una vez más y se fue a terminar la noche en la cama de portero.